

Eugenio Orrego Vicuña

## En torno a Pascal (1)

(A don Enrique Molina)

### I

Con los *Pensamientos* de Pascal entre las manos, meditaba una tarde de este monótono invierno que aun nos llueve su tedio. Meditaba sobre la soledad del hombre de pensamiento y acerca de la buena y piadosa amistad de los libros.

Dice el vulgo, y no sin razón, que los mejores amigos son los libros; bien que acontece con esto lo que a la mayoría de los buenos consejos: se aprecia su valor pero no se les sigue. El buen libro, que es el verdadero amigo en este caso, no llena los ocios de las gentes satisfechas, ni acompaña a los felices, ni menos a los esclavos de la diaria conquista del pan. Los tristes y los desencantados buscan su refugio y descubren, tarde a menudo, la trascendencia íntima de su comercio y la fortaleza y consuelo que lleva su trato aparejados. Son amigos discretos, que sólo acuden cuando se les llama, que hablan con una voz que es un poco nuestra propia voz, y se explayan en un monólogo cuya duración gradúa nuestro gusto o nuestro momentáneo coincidir; porque ocurre también con este género de amistades lo que

---

(1) Conferencia dictada en la Universidad de Concepción el 14 de noviembre de 1939.

con las demás suele: cultivamos su trato en la medida de nuestra coincidencia, espiritual, social, sensual...

La amistad de los libros se subordina a nuestra capacidad y rara vez—como en la vida misma—buscamos o aceptamos aquello que realmente nos conviene, sino aquello que nosotros suponemos que nos conviene, porque halaga nuestras pasiones y estimula un poco nuestra esperanza. De tantos amigos en abandono comprendemos el valor de la amistad no cultivada, el valor y la influencia que en nosotros pudo tener, cuando ya todo contacto es imposible; y cuantos libros golpean nuestra sensibilidad cuando su experiencia sólo puede servir de explicación a nuestro propio fracaso... Es una de las constataciones trágicas de la vida el continuo desencuentro con los hombres y con los libros, vale decir con la materia y el espíritu, con nuestra realización humana y su estímulo y dirección espiritual.

Buscamos en la amistad de los libros, primero el agrado y después la enseñanza, a menudo la explicación de nuestras inquietudes y problemas, de nuestra angustia interior, de las dudas nunca satisfechas a fondo; pero rara vez el conocimiento en la única forma en que debe buscarsele: con sencillez, con humildad, libertándonos previamente de nuestras cadenas intelectuales, esto es, de prejuicios, de ideas dominantes, de dogmatismos... Por eso los hombres cultivan muy poco el trato de los filósofos y huyen con miedo la vecindad del genio.

Es natural, por otra parte, porque el trato del genio es duro y casi siempre amargo, con la verdad que buscan y la expresión de la experiencia adquirida. El genio es disonancia, ruptura de equilibrio, explosión de fuerzas que rebasan los niveles del entendimiento común. Su voz llega a las masas tarde, cuando llega, o muy difícilmente, a través de intermediarios no siempre fieles. Su experiencia íntima es accesible a unos pocos privilegiados; sólo lo material de su obra, si se traduce en efectos políticos o sociales trascendentes, llega al hombre de la calle, que admira y hasta elogia sin comprender.

De ahí la soledad del hombre de genio, descrita con tanto patetismo por Vigni cuando nos pinta la tristeza abismal de su Moisés, que en vano ha buscado el amor de su pueblo... La soledad responde, la amarga soledad de quienes deben vivir del estímulo de su pensamiento. Para esa soledad trágica, de que tan pocos han logrado escapar, traduciendo en cordialidad humana, en apostolado, su fuerza interior, encontraron refugio en el misticismo religioso algunos ejemplares en quienes el fuego interior se encauzó por los caminos de la fe. Y este es el caso de Pascal.

Genio potente y extraño el suyo. Tuvo notables intuiciones de cientista, el rigor de una lógica profunda, la soberana fuerza del razonamiento conquistador, la incisiva y sutil penetración de su alma crítica, la gracia de un arte perfecto, pues que con él comienza, según decía Voltaire, la fijación de la lengua francesa. Y a todo esto unía la vibración pasional que en pocos espíritus ha sido más honda, el don místico, el mortificador afán de la verdad, la inquietud de los buscadores, el ardor de los apóstoles; la perfecta humildad, casi tan perfecta como en el pobre de Asís; la pureza y la caridad extremadas en un sentido evangélico, caridad y pureza que llegaron a lo santo, y más allá. «Es un niño, decía el Padre Burrier, que le asistió en los últimos días; es humilde y sumiso como un niño».

## II

Detengámonos un poco en el panorama conmovedor de su vida y en la grandeza de su obra. Así el anterior juicio cesará de parecer una apología.

Nació en Clermont Ferrand, el 19 de julio de 1623, en el hogar de un distinguido funcionario que tenía a su cargo la presidencia de la Administración de Hacienda de aquel departamento y fué consejero de Estado e intendente de la provincia de Normandía. Era Esteban Pascal hombre de ciencia de fuertes

disciplinas matemáticas, y su mujer, Antonieta Begond, se destacaba en bondad humana y en feminidad. Estos datos explican en cierto modo algunas de las características del genio pascaliano, y a ellos han de añadirse las amistades de aquel hogar: en él o en casa del Padre Marsenne, se reunían Descartes, Gassendi, Roberval, Bachet, Fermat, La Pailleur, Desargues y Hardy, entre otros sabios que habrían de concurrir, con los años, a la fundación de la Real Academia de las Ciencias. En ese medio, con tal herencia y entre tales hombres, floreció Blas Pascal.

Su padre, que quiso ser el maestro de las primeras doctrinas y enseñanzas, y fué en verdad el único que realmente tuvo, se esmeró en ocultarle el conocimiento de las matemáticas para que conociese previamente las lenguas muertas, griego y latín. Viudo, cuando el chico contaba tres años, vendió sus tierras, trasladando el domicilio a París, con los hijos que le quedaron: Gilberta, casada más tarde con Florin Perrier, Blas y Jacqueline.

Niño aún, a la edad de doce años, se realizó la primera explosión de su genio. Ayudado de las escasas ideas que sacara de las conversaciones de su padre y meditando en definiciones y axiomas aplicados a toscas figuras, descubrió por sí mismo las leyes de la geometría, rehaciendo las treinta y dos primeras proposiciones de Euclides. Es decir, inventó la geometría...

Sorprendido el padre y estupefacto el propio Descartes, que no podía concebir semejante precocidad genial, de la cual casi no había otro ejemplo en la historia del pensamiento, el joven Blas recibió los *Elementos* de Euclides y con ellos el permiso e avanzar por el camino de las ciencias.

Mucho debía estudiar y meditar, incontables habrían de ser sus vigiliass, pero no creáis que poseyó una cultura profunda en el sentido de lecturas y de aprovechamiento de ajenos trabajos, como ocurre al ordinario de los hombres de letras o de ciencias. Sus lecturas fueron limitadas, conociéndose sólo dos libros favoritos: *La Biblia* y los *Ensayos* de Montaigne. Abunda, pues, en su genio, lo propio y lo espontáneo, si bien las influencias de

grandes pensadores no dejaron de manifestarse, como ocurre con todos los altos espíritus, que en dosis diversas se nutren en el acervo común de la cultura, al modo que todos hemos de vivir de la sabia de la tierra, que nos forma, nos desenvuelve y torna a reintegrarnos al polvo común.

El interés de lo científico acompañó a Pascal toda su vida. Amaba las matemáticas y la física y en ese orden realizó investigaciones valiosísimas, de las cuales han quedado huellas en numerosos escritos y memorias.

En 1647, a la edad de 24 años, llevó a cabo experiencias que le permitieron constatar lo absurdo de aquel principio antiguo según el cual la naturaleza tiene horror del vacío. Sus ensayos posteriores acerca del equilibrio de los líquidos y del peso del aire, le inspiraron la idea de aplicar el barómetro como instrumento de nivelación y luego a otros estudios cuya finalidad era determinar la presión de los flúidos y fijar las leyes del equilibrio. En esos estudios echó las bases de la estática de los flúidos.

Descubrió el triángulo aritmético para obtener la formación de los coeficientes de las potencias; lo que permitiría más tarde encontrar la fórmula del binomio de Newton.

Estudió las propiedades de las curvas, en especial del cicloides, que preocupara a Galileo y Descartes; trabajo que expuso en su *Tratado General del Cicloides*. Ese trabajo, en su aspecto práctico posterior, habría de tener un nombre poco grato y una triste función: la ruleta.

Inventó una máquina aritmética para ayuda de su padre, máquina que se conceptuó como superior a la de Nappier. Y hacia el fin de su vida discurrió la construcción de vehículos colectivos, a modo de ómnibus, que pensó explotar con fines benéficos; era el germen del futuro género de locomoción social que fructificaría en los ferrocarriles, en los tranvías, en los aviones...

Trabajó la prensa hidráulica...

Su labor científica registra no pocas memorias y tratados, de los cuales citaré, en orden disperso: *Essai sur les coniques*,

*Traité de l'équilibre des liqueurs, Traité de la pesanteur de la masse de l'air, De numerices ordinibus y Du triangle arithmetique* (en donde expone puntos de vista originales acerca de la divisibilidad de los números y la teoría de las combinaciones), *Traité des trilignes rectangles et de leurs onglets, Traité des sinus de quart de cercle, Traité des arcs de cercle, Petit traité des solides circulaires, Traité generale de la roulette, Dimension des lignes courbes de toutes les roulettes, De l'escalier des triangles cylindriques et de la spiral autour d'un cone*. Podemos añadir aún el fragmento conocido *Del espíritu geométrico*.

Para juzgar de la penetración sutil y profunda del genio científico de Pascal, apenas puntualizado en las referencias anteriores, bastaría citar estas difundidas líneas escritas por él en la medianía del siglo XVII: «hay dos propiedades comunes a todas las cosas cuyo conocimiento descubre al espíritu las más grandes maravillas de la Naturaleza. La principal comprende los dos infinitos: el grande y el pequeño».

En algunos de sus escritos pueden encontrarse las bases para una filosofía de la física.

### III

La vida de Pascal es una búsqueda constante de la verdad, de su verdad, en los caminos de la fe; fué un largo viaje hacia Dios, apenas interrumpido por las sollicitaciones del mundo y aguijoneado por las ansias de la enfermedad y del dolor. Vida patética, simple y hermosa como una invitación a la auténtica piedad y al desprendimiento integral.

Sus primeras inquietudes de orden religioso se despertaron en una temporada que pasarán en su casa los señores de la *Boutillerie* y *Des Landes*, gentes de fe. Sintiose Pascal tocado en el alma, y a las voces interiores que comenzaron a llamarlo desde lo alto y desde lejos, respondió su alma entera, con alternativas de oleaje humano al comienzo y sin tregua ni restricción más tar-

de. Fué en esos días de su juventud, en esa alborada de su fe cristiana, cuando sembró en el corazón de Jacqueline, la hermana amada, la raíz de una vocación religiosa que nada pudo desviar. En el correr del tiempo, y cuando las sollicitaciones espaciadas del siglo, muy raras en verdad, parecían atraerlo por otras rutas, fué esa hermana, Sor Eufemia, profesa en la severa regla de Port Royal, quien le atrajo al camino místico. Y unidos sus espíritus en la misma hoguera, ardieron hasta el fin.

Habiendo minado su salud, precaria siempre, el exceso en el estudio, vínole una especie de parálisis parcial. Fué entonces cuando concibió, al parecer su *Priere pour demander a Dieu le bon usage des maladies*; página magnífica en que el misticismo más alto se hermana con la santidad más humilde. Tal Santa Teresa con el hábito del pobrecito de Asís.

En esas páginas de un alto y apasionado misticismo, se leen estos conceptos que pintan muy bien su estado de alma: «*Tout ce qui n'est pas Dieu ne peut pas remplir mon attente. C'est Dieu meme que je demande et que je cherche; et c'est a vous seul, mon Dieu, que je m'adresse pour vous obtenir*». «*Mais je demande, Seigneur, de ressentir tout ensemble et les douleurs de la nature pour mes péchés et les consolations de votre Esprit par votre grâce: car c'est la le véritable état du Christianisme. Que je ne sente pas les douleurs sans consolation; mais que je sente des douleurs et de la consolation tout ensemble, pour arriver enfin a ne sentir plus que vos consolations sans aucune douleur. Car, Seigneur, vous avez laissé languir le monde dans les souffrances naturelles sans consolation avant la venue de votre Fils unique: vous consolez maintenant et vous adoucissez les souffrances de vos fideles par la grâce de votre Fils unique; et vous comblez d'une beatitude toute pure vos saints dans la gloire de votre Fils unique. Ce sont les admirables degrés par lesquels vous conduissiez vos ouvrages. Vous m'avez tiré du premier; faites-moi passer par le second, pour arriver au troisieme. Seigneur, c'est la grâce que je vous demande*». «*Que je ne souhaite désor-*

mais de santé et de vie que afin de l'employer et la finir pour vous et en vous. Je ne vous demande ni santé, ni maladie, ni vie, ni mort, mais que vous disposiez de ma santé et de ma maladie, de ma vie et de ma mort, pour votre gloire, pour mon salut et pour l'utilité de l'Église et de vos Saints...». «Señor,—añade aún—sé que no sé sino una cosa: que es bueno el seguiros y malo el ofenderos»...

#### IV

Aconsejaron los médicos un cambio de clima para restaurar la perdida salud y Pascal va a Clermont Ferrand, en donde permanece más de un año. De retorno a París en 1849 ó 50, traba amistad con el joven duque de Roannez y otros aires más livianos soplan sobre su espíritu. Frecuenta el mundo, asiste a reuniones, juega; el goce de la vida le roza con sus alas seductoras. El Demonio no ha perdido la batalla.

Un acontecimiento doloroso agita por esos días de 1850 el hogar de los Pascal. Su padre, que fuera el único maestro y el mejor compañero, muere en París; golpe que fortalece aun más sus convicciones religiosas y motiva una notable carta a su hermana mayor y a Perrier, su cuñado. En ese documento se encuentran estos conceptos reveladores: «No consideremos, pues, al hombre, como habiendo cesado de vivir, según la naturaleza lo aconseja, sino empezando a vivir, como la verdad asegura. No consideremos al alma perdida y disuelta en la nada, sino vivificada y unida al soberano viviente: enmendemos así, teniendo en cuenta estas verdades, los sentimientos de error que son tan fijos en nosotros mismos, y estos movimientos de horror tan naturales en el hombre». A modo de conclusión, el pensador añade estas palabras: «Abandonemos a Dios la dirección de nuestras vidas».

Poco más tarde su hermana Jacqueline ingresa a Port Royal,



y he aquí cómo los lazos principales que lo ataban al mundo quedaron rotos. Esta decisión, que el joven Pascal debía conocer de antemano, presintiéndola como un eco de su propio destino, no sería un golpe para su espíritu, solicitado y conquistado por los más poderosos estímulos de su clima personal. Comenzaba el Demonio a perder la partida.

Pero el Demonio, en sus combates con los héroes de la mística, no cede sino en el trance final. ¿Acaso un minuto de debilidad no anula los sacrificios y las fatigas de una vida? Los grandes batalladores, como los grandes jugadores, pueden perderlo todo en la última puesta. Y el Demonio libra una nueva batalla.

La soledad envuelve en su manto negro al silencioso caballero de la ciencia y de la fe; cuanto ama se aleja de su vera, y mientras la carne sufre, una ventana de juventud se abre en el horizonte. El tentador se reviste con las atrayentes vestiduras del joven duque de Roannez, su amigo. Y Roannez lo arrastra al Poitu, pasando juntos una temporada en Auvernia a fines de 1652 y comienzos de 1653. Es una temporada que los profanos llaman de disipación y sobre la cual existen datos contradictorios. ¿Hubo mujeres, hubo amores en esos días en que un sol de juventud quema la frente y desdora la cabellera del apóstol? Probablemente no. Se habla de juegos, de pasatiempos livianos, hasta de versos escritos al pasar, pero muy poco se dice de la fronda que conmueve en lo íntimo, con realizaciones o con abstinencias, la mocedad de todos los hombres.

Esa primavera en la vida de Pascal dura lo que suelen durar las primaveras: un minuto. La carne vibra, el placer voltijea, hay espuma de champagne en los cristales. Pero las fuerzas recónditas dominan y la fe religiosa, como un llamado que viene desde más allá de la muerte y del tiempo, lo torna a las vías de salud espiritual. No se puede luchar con el destino; las fuerzas que nos encauzan, que nos dominan y nos vencen, superiores a nosotros, más fuertes que la fuerte sensualidad o más poderosas que el espíritu, acaban por prevalecer. Santo o pecador, asceta o

disipado, somos lo que nuestro clima interior—hecho de miles de muertos, de millares de ancestros que habitan en nosotros, con sus pasiones y sus deseos, con sus virtudes y vicios,—dispone que seamos. No se lucha con el destino y el destino está oscuramente determinado por nuestro clima interior.

Pascal no pensaba así, pero no quiso ni pudo sustraerse a su destino. Bien que en el heroísmo de abandonarse a él había satisfacciones que no pueden medirse con las medidas del amor humano. Si hubo lucha y ardiente, el resultado podía adivinarse con anticipación. Y el Demonio fué vencido.

Quizá en esos días de primavera se prepara ya para lo que se ha considerado como su definitiva conversión. Lee a Epicteto y a Montaigne, que influyen en sus contemplaciones filosóficas del mundo y se siente atraído por los cartesianos. Escribe memorias para la futura Academia de Ciencias y traza las páginas de un discurso notable *Sur les passions de l'amour*...

«Todos nacemos con un carácter de amor en nuestros cuerpos, —dice Pascal—que se desarrolla a medida que el espíritu se perfecciona y que nos lleva a amar lo que nos parece bello, aun sin haber sabido nunca en qué consiste la belleza. ¿Quién duda después de eso, que, precisamente, si estamos en el mundo, es para amar? En efecto, por mucho que uno se oculte, ama siempre. En las mismas cosas en que más parece que haya logrado separar el amor, se encuentra éste siempre, secretamente y a hurtadillas, y no es posible que el hombre pueda un momento vivir sin eso».

En su discurso sobre las pasiones del amor, el filósofo apunta reflexiones delicadas y hondas. Hay en su texto, desperdigados, pensamientos de una exquisita sutileza: «El amor no tiene edad; siempre nace. Los poetas nos lo han dicho. Por eso lo representan como niño». «Es necesaria cierta habilidad para amar». «Cuando más largo es el camino en amor, más placer experimenta un espíritu delicado». «Tiene el corazón razones que la razón ignora

y no podemos excluir la razón del amor, ya que son inseparables». «Los poetas no tienen razón cuando nos pintan el amor ciego. Es necesario que le quitemos la venda y que le devolvamos para siempre al disfrute de sus ojos».

Así solía discurrir Pascal cuando estaban abiertas a la primavera sus ventanas.

## V

En su Memorial, que marca la etapa más decisiva de Pascal, se encuentran palabras y reflexiones sueltas, puestas allí como indicaciones de la fulgurante velada que marcó la hora central de su destino «depuis environ dix heures et demie du soir jusques environ minuit et demie». «Certitude, certitude, sentiment, joie, paix», leése bajo el fuego de su mano. «Oubli du monde et de tout, hormis Dieu». «Pere juste, le monde ne t'a point connu, mais je t'ai connu». «Joie, joie, joie, pleurs de joie».

Realmente esa hora de decisión marcaba el eje de su destino.

Cuando aun no habían corrido muchas semanas desde aquel suceso, el 7 de enero del año 55, Pascal salió para el castillo de Vaumurier, en compañía de M. de Luines. Iba en busca de soledad, pero no pareciéndole bastante la que allí encontrara, pidió una celda a los solitarios de Port Royal. Y desde ese mismo punto y hora, pero sin perder nunca su independencia espiritual, sirvió bajo sus banderas; bien que la vida propiamente militante no comenzaría sino en 1656. Un hecho notable, ocurrido por aquellos días, llevó a su máximo el ardor místico de la Abadía: fué la curación de Margarita Perrier, sobrina del filósofo, quien sanó de golpe de una fístula lacrimonal que abarcaba la nariz y la boca. Ese caso, conocido con el nombre de milagro de la Santa Espina, hubo de fortalecer aun más el espíritu religioso de Pascal.

## VI

En la corriente de dichos años estalló la dramática lucha entre los teólogos de Port Royal y la Sorbona. Los escritos publicados por Pascal con el nombre de *Cartas Provinciales* (*Lettres écrites a un provincial par un de ses amis*). La primera data del 23 de enero de 1656 y lleva el pseudónimo de M. de Mons, pues era tan peligrosa la lucha con la orden de San Ignacio, que hasta debió su autor cambiar de domicilio, instalándose en una posada cercana a la Sorbona, frente al colegio jesuíta.

Las cartas de Pascal fueron sucediéndose con rapidez, en medio de la apasionada curiosidad de la gente culta, pero Roma había dicho su palabra y la suerte final estaba como escrita de antemano. El 16 de octubre el Papa Alejandro VII, en la bula *Ad Petri Sedem*, declaró que las cinco proposiciones que originaron la escisión del *Augustinius* de Jansenius y, en el sentido que les daba su autor, habían sido condenadas ya por Inocencio X. El Parlamento de Aix condenó luego las primeras diez y seis cartas y todas entraron más tarde en el Índice.

La defensa del jansenismo hecha por Pascal comprendía dos puntos: la cuestión de hecho y la de doctrina. Sostuvo en el primero que en el *Augustinius* no se encuentran las proposiciones condenadas, y, tocante al segundo, que las ideas de Jansenius acerca de la gracia divina son las de todos los doctores de la Iglesia. La teoría de la gracia eficaz era mantenida con fuerza y sutileza contra los jesuítas, partidarios de la gracia suficiente y de la gracia eficaz. Sin embargo, y a diferencia de los jansenistas, Pascal creía que el hombre coopera a la gracia, sin la cual no hay evidencia plena.

En su forma, saturada de ironía finísima, y en su fondo, las *Cartas* contenían tremendo ataque en contra de la política y de la moral de los jesuítas, encaminada entonces a la obtención de un fin universalista, para lo cual no se guardaba severidad

en orden a los medios que pudieran emplearse. Hay que convenir, sin embargo, que para llegar al establecimiento de un imperio espiritual, en la medida de lo soñado, ese era el único camino posible entonces, y así lo entendieron más tarde, en el orden político, otros hombres que han aspirado a la universalización de sus doctrinas. Pero esa línea política, grande en sus propósitos y deleznable en sus medios—como es deleznable cuanto dice relación con las pasiones humanas, basadas en la concupiscencia y en el egoísmo,—estaba reñida con el orden espiritual que buscaba nuestro filósofo. El espíritu riñe con la materia y tiene, empero, que servirse de ella, tal es la contradicción eterna y tal el drama con que deben enfrentarse los luchadores del espíritu.

Por eso Pascal, místico hasta la raíz de su alma, debía librar una batalla que estaba perdida de antemano, no en el tiempo, pero sí en su tiempo.

Para juzgar de esa victoria en el tiempo, pueden citarse estas palabras de Botroux: «lo que el condenó sigue condenado, no sólo en el cielo sino en la tierra misma».

## VII

Las *Cartas Provinciales* debían tener honda repercusión en la literatura francesa y hasta en el proceso fijador de esa lengua: la lengua de Pascal. Ha escrito Voltaire: «El primer libro de genio que apareció en prosa fué la colección de las *Cartas Provinciales*. Todo género de elocuencia está allí contenido: no hay una sola palabra que después de cien años no haya participado de la modificación que altera con frecuencia las lenguas vivas. Es necesario remontar a esta obra la fijeza del lenguaje».

Empero, en esas *Cartas* que Pascal pulió refinadamente, rehaciendo hasta ocho veces algunas, no puede hallarse sino una parte de la expresión de su genio. La visión de Pascal sobre el panorama del hombre y del mundo, el hombre en el mundo y Dios sobre el hombre, se encuentra traducida más a fondo, en

forma sustantiva, tanto en el dominio propiamente religioso como en el filosófico, en otra obra eterna, acaso la más importante de aquella pluma tan finamente elogiada por Voltaire: *Les pensées*.

En el fondo de su doctrina está la búsqueda de Dios y la prédica de la caridad. «Señor, yo sé que no sé sino una cosa: que es cosa buena seguiros y que es cosa mala ofenderos. Después de eso, yo no sé ni que es lo mejor, ni que es lo peor de las demás cosas».

La concupiscencia domina al hombre y es la mayor enemiga de su salvación; de ahí la limitación de la razón humana, debilitada principalmente por la concupiscencia. No todo puede demostrarse ni es todo demostrable; debemos huir de la duda universal, tan peligrosa como la credulidad excesiva. Lo que está por encima de la razón no es contrario a ella. El dejarnos llevar de nuestra ciencia, en forma absoluta, nos aparta del camino de la salvación, que es el principal objetivo del hombre y equivale a convertir la verdad en ídolo, pues la verdad sin la caridad no es divina ni puede ser deseada. La adquisición de la certeza, que ha de aportarnos la paz espiritual, debe ser el fruto de nuestro esfuerzo voluntario.

A modo de enemigos se combaten en el hombre sus dos naturalezas, contrarias; la una es hecha de miseria y de grandeza la otra y ambas se mezclan y luchan, porque el hombre aspira a la verdad, pero no deja de ser esclavo del error y de la ignorancia; aspira a la justicia y a la dicha que no perece, pero lo esclavizan de consuno el interés, las costumbres, los placeres vanos. Es constante su lucha en busca de liberación y en ella el poder del pensamiento manifiesta su grandeza. En ese poder reside su superioridad, pues el universo puede aplastar al hombre y éste conoce la inferioridad material suya, en tanto el universo ignora su poder.

La concupiscencia domina el plano material, subordinándose la justicia al egoísmo. En vano busca el hombre su felicidad, en vano anhela encontrarla en el poder, en la ciencia, en el amor.

La fama le seduce, pero no le trae alegría durable. La verdad, la justicia y la felicidad son asequibles, empero, y a ellas se llega por el camino que conduce a Dios.

Pascal basa la divinidad de la religión cristiana, única que ha sabido preservar al hombre del orgullo y de la desesperación, en la autoridad de la Sagrada Escritura, cuya racionalidad, perpetuidad y eficacia afirma. Mas para llegar a Dios se requiere pureza de corazón y sometimiento de nuestra triple concupiscencia: *sentiendi, sciendi, dominandi*. Sólo dos caminos hay ante el paso del hombre: vivir con Dios o vivir sin Dios. Y la elección no le parece dudosa.

Pascal se pregunta: ¿qué es el hombre en la naturaleza? «Un nada en comparación con lo infinito, un todo en comparación con la nada: un término entre todo y nada. Infinitamente lejano a estos dos extremos, el fin de las cosas y su principio, son para él infinitamente ocultos en un secreto impenetrable...».

«La extensión visible del mundo—escribe en otra parte—nos sobrepasa visiblemente; pero, como somos nosotros los que sobrepasamos las cosas chicas, nos creemos más capaces de poseerlas; y, sin embargo, no es necesaria menos capacidad para llegar hasta la nada que para llegar hasta el todo. Es necesario que aquella sea infinita, tanto en uno como en otro caso; y me parece que aquel que hubiese podido llegar a conocer las últimas razones de las cosas conocería también lo infinito. Lo uno depende de lo otro, y lo uno conduce a lo otro. Los extremos se tocan, se reúnen a fuerza de ser lejanos, y se encuentran en Dios, y en Dios solamente».

«Nuestra inteligencia—añade—tiene, en el orden de las cosas inteligibles, el mismo puesto que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza».

«Nuestra razón es siempre desengañada por la inconstancia de las apariencias; nada puede fijar lo finito entre dos infinitos, que le encierran y se le escapan».

Agrega Pascal: «si nosotros somos simplemente materiales,

no podemos conocer absolutamente nada y si somos compuestos de espíritu y materia, no podemos conocer sino imperfectamente las cosas simples, sean materiales o espirituales».

«Cuando considero la pequeña duración de mi vida, absorbida en la eternidad que la precede y la sigue, *memoria hospitis unus dici proete reuntis*, el pequeño espacio que ocupo, y cuando me veo abismado en la inmensidad infinita de los espacios que ignoro, y que tú ignoras, me espanto y me asombro de verme aquí y no más allá... ¡Porqué no habrá razón para que fuese aquí y no allá, para que fuese ahora y no entonces! ¡Quién me ha colocado? ¡Por orden y encargo de quién, este lugar y este tiempo me han sido destinados?»

Y a modo de expresión de su deseo más íntimo: «Yo querría llevar al hombre a que desee encontrar su verdad así, y a estar pronto y desnudo de pasiones, para seguirla doquiera que la encuentre».

(Continuará)